

EARTH'S EARLIEST AGES

LAS PRIMERAS ERAS DE LA TIERRA



G. H. PEMBER

Traducido por RMC

Nota del Traductor:

La presente traducción es para uso exclusivamente personal y en ningún momento para fines comerciales.

*Ha sido realizada directamente del original inglés
Earth's Earliest ages (Edición 1884)*

*Esta traducción contiene los capítulos del 1 al 10.
Les agradeceríamos hicieran un uso responsable de ella.*

R. Martínez C.

www.laiglesiaenmalaga.es

Capítulo IV

Los Seis Días

La destrucción del mundo pre adámico parece haber sido causada por tremendas convulsiones, y también por un período glacial consecuente a la extinción del sol

Ahora debemos regresar a la Tierra en ruinas, cuya condición sólo podemos conjeturar a partir de lo que se nos dice de los Seis días de restauración. Tuvo que haber sufrido violentas convulsiones, pues estaba inundada por las aguas del océano; su sol se había extinguido; las estrellas ya no se veían sobre ella; sus nubes y su atmósfera, al no tener una fuerza atractiva para mantenerlas en suspensión, habían descendido en humedad sobre su superficie; no había ningún ser vivo en todo el planeta (Génesis 2:5).

Ahora bien, la retirada de la influencia del sol probablemente ocasionó ese período glacial cuyos vestigios, como nos dicen los geólogos, se distinguen claramente al final de la Era Terciaria. Y la misma causa también explicaría la mezcla de las aguas que estaban por encima del firmamento con las que estaban por debajo. Ambos efectos están bien ilustrados por el siguiente extracto del libro “Familiar Lectures on Scientific Subjects” de Herschel:

“En tres días a partir de la extinción del sol no habría, con toda probabilidad, ningún vestigio de vida animal o vegetal en el globo; a menos que fuera entre los peces de aguas profundas y los habitantes subterráneos de las grandes cuevas de piedra caliza. Las primeras cuarenta y ocho horas bastarían para precipitar cada átomo de humedad del aire en diluvios de lluvia y montones de nieve, y a partir de ese momento se produciría una helada universal como la de Siberia o el pico más alto del Himalaya nunca sentido, una temperatura de entre doscientos y trescientos grados bajo cero de nuestros termómetros... Ningún animal o vegetal podría resistir tal helada durante una hora, como tampoco podría vivir durante una hora en agua hirviendo”.

A partir de esta descripción podemos hacernos una idea de la ruina que sufrió el mundo pre adámico. De sus características principales hay un retrato gráfico en un gran pasaje de Job, en el cual la insensatez de luchar contra Dios es reforzada por una referencia obvia a la rebelión de Satanás y sus consecuencias:

*“4 Él es sabio de corazón, y poderoso en fuerzas;
¿Quién se endureció contra él, y le fue bien?*

*5 Él arranca los montes con su furor,
Y no saben quién los trastornó;*

*6 Él remueve la tierra de su lugar,
Y hace temblar sus columnas;*

*7 Él manda al sol, y no sale;
Y sella las estrellas”
(Job 9:4-7).*

Las terribles convulsiones por las cuales la Tierra fue destrozada y destruida están casi puestas ante nuestros ojos en esta descripción sublime; mientras que lo repentino de la catástrofe es presentado vívidamente por la concepción poética de que las montañas fueron trastornadas antes de que se dieran cuenta de ello. La extinción del sol está claramente indicada, y también el velo de las estrellas, de modo que la espesa oscuridad no fue aliviada ni siquiera por sus escasas luces¹.

Cuánto tiempo duró el período glacial es imposible de conjeturar; pero en la escena que pone ante nosotros el segundo versículo de Génesis debemos suponer que el hielo se debió romper - quizás a través del desarrollo del calor

¹ Job 9:4-7. En los siguientes versículos (8-10) el patriarca alude a la reconstrucción de los Seis Días. “*El solo extendió los cielos, Y anda sobre las olas del mar; El hizo la Osa, el Orión y las Pléyades, Y los lugares secretos del sur; El hace cosas grandes e incomprensibles, Y maravillosas, sin número*”. Aquí, como la expansión de los cielos se refiere evidentemente a la obra del Segundo Día, puede ser que “las olas (alturas) del mar” sean las aguas sobre el firmamento. La mención de las constelaciones apunta a la inversión de la acción previa de Dios al sellar las estrellas. Con respecto al significado de la palabra hebrea *asak* -traducido “hecho” ver p. 23 (inglés), y también el comentario sobre la obra del Cuarto Día en este capítulo.

interno de la Tierra², que en sus luchas convulsivas puede también haber desplazado el lecho del océano. Así, todo el globo estaba cubierto de agua, sobre cuya superficie ya incubaba el Espíritu de Dios.

El primer día de la restauración.

Dios crea la luz, la cual, sin embargo, no brotó del sol; sino que fue, posiblemente, magnética, como la luz terrestre de la Aurora Boreal

Entonces, sorprendiendo el profundo silencio y repiqueteando sobre los negros torrentes de ruinas, se oyó el trueno de la voz del Todopoderoso, y salió la orden: “Sea la luz”. Instantáneamente brilló desde el vientre de las tinieblas e iluminó el ondulante globo terráqueo; pero sólo para revelar un desbordamiento de aguas.

Esta “luz” del Primer Día debe distinguirse cuidadosamente de los “portadores de luz” (lumberas) del Cuarto, ya que la palabra utilizada no transmite en sí misma ninguna idea de concentración o localidad. Sin embargo, la luz debe haber sido confinada a una parte del planeta, porque se nos dice que Dios separó inmediatamente la luz de las tinieblas, y que la alternancia del día y la noche comenzaron inmediatamente.

En tiempos pasados los infieles se han burlado de la idea de que la luz fuera llamada a la existencia independientemente del sol. Y ciertamente parece difícil concebir que Moisés pudiera haber anticipado la ciencia por tantos siglos si no fuera por la única suposición de que fue instruido por el Espíritu de Dios, Quien no está circunscrito por los límites del conocimiento

² Esta conjetura puede derivar un poco de apoyo de las siguientes consideraciones. El calor aumenta a medida que descendemos a la tierra, y por lo tanto muchos científicos han sostenido que el interior de nuestro globo es un depósito de fuego líquido. Las Escrituras están de acuerdo con esta opinión: porque, en Ap. 9:2, cuando se abre el pozo del Abismo, un humo, como el humo de un horno, se esparce tan copiosamente que el sol y el aire son oscurecidos por él. Tal descripción nos inclina también a preferir la traducción de 2 Pedro 3:7, lo que hace que el Apóstol hable de la tierra como “reservados para el fuego”. Y tal vez el contexto de la expresión sugiere que, así como Dios rompió las fuentes del gran abismo para causar el diluvio, así ordenará a Sus fuegos almacenados que estallen a través de la corteza de la tierra para su destrucción futura. Entonces se desarrollará un calor tan intenso que fusionará los mismos elementos o materiales que componen la corteza. Tampoco será una novedad: la condición de los estratos no fósiles parece indicar la ocurrencia de una catástrofe similar en épocas anteriores. ¿No podemos entonces concebir un cierto desarrollo de estos fuegos internos, comparativamente ligeros, pero suficientes para derretir el hielo con el que estaba cubierta la tierra? En algunas localidades de la Italia volcánica el suelo es bastante cálido; y hace poco tiempo los periódicos hablaban de una extensión de tierra en Alemania que se había vuelto tan caliente por el fuego subterráneo que crecían plantas tropicales sobre ella.

humano. Pero ahora la ciencia también ha descubierto que el sol no es la única fuente de luz, sino que la Tierra misma, y al menos otro planeta de nuestro sistema, puede, bajo ciertas condiciones, volverse auto-luminosa.

La luz del primer día puede, posiblemente, podría haber sido magnética, como la Aurora Borel, que parece ser poderosa sólo cuando el sol está débil; ya que sus despliegues más brillantes se limitan a las largas noches del frío norte. En los climas más meridionales su aparición es rara, y su desarrollo comparativamente incompleto: pero es más frecuente y vivo en esos períodos, que se repiten cada once años, cuando las manchas en el sol son más grandes y más numerosas, y en consecuencia se reduce la energía solar. Casi parecería que el sol absorbe esta luz y luego la difunde en una forma modificada. Sobre el origen puramente terrestre de la Aurora Boreal Humboldt hace las siguientes interesantes observaciones:

“La mayor parte de la importancia de este fenómeno deriva del hecho de que la Tierra se vuelve auto-luminosa, y que como planeta, además de la luz que recibe del cuerpo central, el sol, se muestra capaz en sí mismo de desarrollar luz. La intensidad de la luz terrestre, o más bien la luminosidad que se difunde, supera, en el caso de la radiación de color más brillante hacia el cenit, la luz de la luna en su primer cuarto. Ocasionalmente, como el 7 de enero de 1831, los caracteres impresos se podían leer sin dificultad. Este desarrollo casi ininterrumpido de la luz en la Tierra nos lleva por analogía al notable proceso exhibido en Venus. La porción de este planeta que no está iluminada por el sol a menudo brilla con una luz fosforescente propia. No es improbable que la Luna, Júpiter y los cometas brillen con una luz independiente, además de la luz solar reflejada visible a través del polariscopio. Sin hablar del modo problemático pero ordinario en el que se ilumina el cielo, cuando una nube baja puede ser vista brillando con una luz parpadeante ininterrumpida durante muchos minutos seguidos, todavía nos encontramos con otros casos de desarrollo terrestre de luz en nuestra atmósfera. En esta categoría podemos contar las célebres neblinas luminosas vistas en 1783 y 1831; la apariencia luminosa constante exhibida sin ningún parpadeo en las grandes nubes observadas por Rozier y Beccaria; y por último, como bien señala Arago, la tenue luz difusa que guía los pasos del viajero en las noches nubladas, sin estrellas y sin luna en otoño e invierno, incluso cuando no hay nieve en el suelo”.

El registro de la existencia de la luz aparte del sol es una prueba del origen
Divino de las Escrituras.
Memorable anticipación de la ciencia en el libro de Job

El hecho, entonces, de que, en una época en que la luminosidad terrestre era probablemente desconocida, Moisés hablara de la existencia de la luz sin el sol, es una prueba contundente de la fuente Divina de su conocimiento. Porque aunque la Biblia no da ninguna información por la cual la ciencia pueda ser avanzada, sin embargo, aquí y allá deja caer misteriosas declaraciones, la verdad de una tras otra es descubierta a medida que los científicos se familiarizan mejor con las leyes del universo.

Quizás el ejemplo más memorable de esto es el pasaje familiar en el que Dios le demanda al patriarca: “¿Podrás tú atar los lazos de las Pléyades?” (Job 38:31). A través del largo lapso de siglos desde la escritura del Libro de Job, que probablemente se remonta al pasado hasta tres mil trescientos años, no se encontró el sentido adecuado para estas palabras. Pero ahora, parece estar tomando forma un significado, que gradualmente se vuelve más definido y vívido, un significado digno del gran Dios cuyos labios pronunciaron primero la misteriosa frase. Porque en 1748 el astrónomo Bradley dio una pista, que otros han desarrollado y confirmado posteriormente, de que nuestro sistema solar, junto con el conjunto de los cielos siderales dentro del alcance de nuestra visión y telescopios, no es más que una porción de un círculo inconcebiblemente vasto de estrellas que giran alrededor de un centro. Y ese centro, el pivote del universo, se supone que ahora está entre las Pléyades. Si este es el caso, son maravillosos “los lazos de las Pléyades” que mantienen todo el cielo estrellado en movimiento ordenado.

Los Seis Días no eran eras (edades), sino días literales de veinticuatro horas

Luego se nos dice que Dios llamó a la luz día y a las tinieblas noche, y que la tarde y la mañana fueron el Primer Día. Ahora bien, para verificar ciertos sistemas de interpretación se ha intentado demostrar que en este capítulo un día debe entenderse como una era (edad).

Sin duda la palabra “día” se utiliza a veces como períodos prolongados, como en la expresión “el día de la tentación en el desierto”, y muchos otros. Pero siempre que un número se conecta con él, el significado se restringe, y sólo puede ser utilizado en su aceptación literal del tiempo que la Tierra toma para hacer una revolución sobre su eje. Es claro, por lo tanto, que debemos entender que los Seis Días son seis períodos de veinticuatro horas cada uno.

Pero más aún: estos días se mencionan como una tarde y una mañana, como si estuvieran formados por el día y la noche. He aquí, pues, otra advertencia contra la interpretación figurativa, que debemos evitar cuidadosamente para no exponernos a ataques como los siguientes:

“Es evidente que la teoría desnuda de que un día significa una edad o un período geológico inmenso podría dar resultados bastante extraños. ¿Qué pasa con la tarde y la mañana en que se dice que consistió cada día? ¿Estaba cada era geológica dividida en dos largos intervalos, uno toda oscuridad, la otra, toda luz? Y si es así, ¿qué pasó con las plantas y los árboles creados en el tercer día o período, cuando la tarde del cuarto día –obsérvese que las tardes preceden a las mañanas- se establecieron? Deben haber pasado a través de medio siglo de oscuridad total, ni siquiera animados por esa luz tenue que el sol, que aún no se había manifestado completamente, suministró en la mañana del tercer día. Tal calvario habría destruido completamente toda la creación vegetal, y sin embargo encontramos que sobrevivió, y fue designado en el sexto día como el alimento del hombre y de los animales. De hecho, sólo tenemos que sustituir la palabra “período” por “día” en la narración de Moisés para que quede muy claro que para el escritor, al menos, no tenía ese significado, y que tampoco podía transmitirlo a aquellos que oyeron leer su relato por primera vez” (“Ensayos y Reseñas” p. 240).

No se puede negar el juicio de estas observaciones, y la lección que hay que aprender de ellas es esta: que si los creyentes quisieran atenerse a las claras afirmaciones de la Biblia, habría muy poco de qué avergonzarse ante los infieles: pero tan pronto como empiezan a formar teorías, y tergiversan la revelación en concordancia con ellas, se exponen a sí mismos, y peor aún, a las Escrituras, a la burla.

Segundo Día.

El firmamento colocado entre las aguas pero no se expresó que “era bueno”

Al día siguiente salió una segunda orden, y en obediencia a ella comenzó un movimiento entre las aguas. Al dictado de la Palabra de Dios se formó el firmamento o atmósfera que respiramos; y por su inserción las aguas que flotan sobre la Tierra fueron nuevamente elevadas a su propio lugar, y separadas de las que están sobre la Tierra.

Hay, sin embargo, en el relato de la obra de este día una omisión que es probablemente significativa: la conclusión usual, “Y vio Dios que era bueno” en este caso está excluida. Y puesto que las razones que normalmente se dan para la omisión son insatisfactorias, nos aventuramos a sugerir la siguiente explicación. ¿No puede la denegación de la aprobación de Dios ser un indicio

de la ocupación inmediata del firmamento por parte de los demonios, aquellos, en verdad, que son sus habitantes actuales? Puesto que estaban involucrados en la caída del hombre, deben haber aparecido rápidamente en la atmósfera recién formada. ¿No podrían, por lo tanto, haber sido encarcelados en las profundidades, y habiendo encontrado alguna forma de escapar a la elevación de las aguas, haberse apiñado en el dominio del aire, del cual su líder es Príncipe? En este caso, el firmamento podría haber estado repleto de ellos antes del final del Segundo Día, y no necesitamos preguntarnos porqué Dios rehusó pronunciar su reino como bueno.

Tercer Día.

Las aguas sobre la Tierra se retiran a sus límites:

La tierra seca surge de nuevo, y produce hierba, arbustos y árboles.

Gran descripción en el Libro de los Salmos

En veinticuatro horas se completó el firmamento, y entonces se oyó de nuevo la voz del Señor, y en rápida respuesta todo el planeta resonó con el rugido de los torrentes apresurados que se precipitaban de la tierra seca a los receptáculos preparados para ellos, y revelaron las montañas y los valles de la Tierra. Este gran movimiento se describe así en el Salmo ciento cuatro (Salmos 104:5-9).

5 El fundó la tierra sobre sus cimientos;

No será jamás removida.

6 Con el abismo, como con vestido, la cubriste;

Sobre los montes estaban las aguas.

7 A tu reprensión huyeron;

Al sonido de tu trueno se apresuraron;

8 Subieron los montes, descendieron los valles,

Al lugar que tú les fundaste.

9 Les pusiste término, el cual no traspasarán,

Ni volverán a cubrir la tierra.

En este pasaje podemos observar una fuerte confirmación del punto de vista que hemos adoptado. Porque mientras que lo profundo se representa esparcido por todas partes, las montañas, junto, por supuesto, con todas sus inclusiones fósiles, se mencionan como ya existentes debajo de él. Evidentemente se habían formado mucho antes del Tercer Día. Y en estricta concordancia con este hecho está el mandamiento de Dios: “*Descúbrase lo seco*”, o más literalmente, “hágase ver”; no: “que llegue a existir”. Las

palabras del Salmo “*Subieron los montes, descendieron los valles*” son un paréntesis, y describen, por supuesto, o entrarían en conflicto con la afirmación del sexto versículo, el efecto general de la escena para el espectador a medida que las aguas bajaban a su nivel apropiado.

Ese mismo día la Palabra de Dios salió por segunda vez, y la Tierra ya liberada comenzó a cubrirse con un manto de vegetación, cuyo verdor fresco se diversificó con los matices de innumerables flores.

Cuarto Día.

Preparación de las lumbreras. Or y Maor

Así la Tierra misma fue completamente restaurada, y nuevamente preparada para el sostén y disfrute de la vida: sólo le quedaba establecer sus relaciones con los cuerpos celestes. Esto lo hizo Dios en el Cuarto Día al concentrar el material de luz, que había creado previamente, en portadores de luz. Porque la palabra usada para la luz del Primer Día es Or³, y de la del Cuarto Maor⁴. Y este último es el mismo que el primero, pero con un prefijo locativo que lo hace significar un “lugar donde se almacena la luz”, o una “luminaria” (portadora de luz).

Ahora debemos observar cuidadosamente que no se dice que Dios haya creado estos portadores de luz en el Cuarto Día, sino simplemente que los ha hecho o preparado. Fueron creados, como hemos visto, en el principio: y, puesto que el sol parece ser un cuerpo oscuro envuelto por nubes luminosas, era sin duda alrededor de su masa que la Tierra giraba desde el principio. Probablemente, la gran luminaria de nuestro mundo era también la luz de los preadamitas: pero su lámpara se había apagado, y al cuarto día Dios le dio o le devolvió la capacidad de atraer y “difundir la materia de luz”, por el ejercicio de la cual se formó rápidamente su fotosfera.

Y así los rayos solares, mientras se apresuraban a través del espacio, golpearon la luna, e iluminaron su esfera plateada en el firmamento de la noche.

Aparición de las estrellas en el cielo de nuestra Tierra

A continuación se nos dice que Dios hizo o preparó también -no creó- las estrellas; es decir, aparentemente, alteró o modificó tanto el firmamento, tal

³ N. del T. *ôr* (רִיחַ), «luz, rayar (despuntar) el alba, alumbrar, encender».

⁴ N. del T. *Maôr* (מָאוֹר) Astro, luminaria, fuente de luz (Gn. 1:14; Eze. 32:8).

vez por la concentración de luz en el sol, que las estrellas aparecieron por primera vez, o reaparecieron en él. Tenemos pruebas positivas de que habían sido creadas previamente. Al final del Tercer Día la Tierra estaba terminada y lista para la recepción de la vida, mientras que las estrellas no se mencionan hasta el Cuarto Día. Pero en un pasaje de Job se nos dice que las estrellas del alba eran testigos que admiraban cuando Dios colocó los fundamentos de la Tierra y todos cantaron con gozo viéndola terminada (Job 38:4-7). Por lo tanto, deben haber sido preexistentes. Así que la preparación de ellas por Dios en el Cuarto Día debe haberse referido sólo a su aparición en nuestro firmamento, a propósito de su servicio respecto a nuestra Tierra.

Quinto Día.

Creación de peces y aves. Un error que lleva a confusión en nuestra versión

Así terminó el Cuarto Día: todo estaba listo; la obra de restauración estaba terminada, y la morada preparada. Entonces se expuso el poder creador de Dios, y a las aguas, que hasta entonces habían estado vacías de seres vivos, se les ordenó que en ellas pulularan criaturas vivientes. Nuestra versión, “produzcan las aguas”, es incorrecta: la interpretación literal es: “Que las aguas se llenen de enjambres de seres vivientes”⁵; pero el texto no nos dice que estas criaturas fueron producidas de las aguas. La siguiente cláusula aún está gravemente peor traducida, ya que el inglés implica que incluso las aves se formaron a partir del mismo elemento. Esto sería una contradicción directa del versículo diecinueve del segundo capítulo, donde se dice que fueron moldeadas de la tierra. Pero la contradicción no existe en el hebreo, cuyo sentido exacto es: “Y que las aves vuelen sobre la tierra sobre la faz del firmamento del cielo”⁶. Por lo tanto, en este versículo, tanto a los peces como a las aves se les ordena simplemente que aparezcan en sus respectivos elementos sin ningún indicio de su origen.

Sexto día.

Creación del ganado, animales que se arrastran y las bestias del campo, todos los cuales eran herbívoros

El mar y el aire estaban así llenos de vida. Entonces, por último, en el Sexto Día, Dios procedió a poblar la tierra, a la que se le ordenó producir (dar a luz) -y aquí la traducción es correcta- tres clases de criaturas vivientes:

⁵ N. del T. “*Llénense las aguas de multitudes de seres vivientes*” La Biblia de la Américas.

⁶ N. del T. “*Y vuelen las aves sobre la tierra en la abierta expansión de los cielos*” LBLA.

ganado o animales domesticados, reptiles terrestres, insectos y gusanos, y bestias del campo o animales salvajes errantes⁷.

Pero, como vimos anteriormente, todas estas criaturas eran herbívoras; porque en el versículo treinta sólo la hierba verde es dada para comer. Tampoco se le permitía al hombre alimentarse de carne animal; en el versículo veintinueve su dieta también se limita a las plantas portadoras de semillas y al fruto de los árboles. El estado actual de las cosas, en el cual el alimento animal es permitido y necesario para el hombre, y abundan las bestias carnívoras, los pájaros y los peces, atestiguan una condición tristemente desorganizada y antinatural; una condición que sería imposible excepto en un mundo en desacuerdo con el Dios del orden, la paz, el amor y la perfección.

Una prueba más de que la historia de los Seis Días no es un registro de las edades geológicas

Ya hemos visto que ni las plantas del Tercero ni las criaturas del Quinto y Sexto día tienen nada que ver con los restos fosilizados encontrados en la corteza terrestre; porque se supone que esa corteza se formó antes de la gran catástrofe pre adámica. Porque las montañas con todo su contenido son descritas como ya existentes bajo las inundaciones de las profundidades, y como aparecidas, sin necesidad de creación o preparación, tan pronto como las aguas se retiraron a sus límites. Ahora podemos añadir otras razones convincentes que confirman esta opinión.

Durante los Seis Días hubo tres actos distintos de poder creativo, por los cuales la vegetación, los peces y los pájaros, y los animales terrestres y el hombre, fueron producidos sucesivamente. Y se nos da a entender claramente que todas las plantas de nuestro mundo fueron creadas en el tercer día, mientras que ninguna criatura en movimiento que tiene vida fue llamada a existir hasta el Quinto Día. Si, entonces, la teoría que hace de cada día un período geológico fuera correcta, los restos de plantas sólo se encontrarían en los estratos fósiles más bajos. Estos llenarían las formaciones propias y de la edad siguiente, después de lo cual se mezclarían con aves y peces fósiles; luego, en las rocas de un período aún más tardío, aparecerían también los restos de animales terrestres. Y tal secuencia formaría el único acuerdo posible con el relato del Génesis.

¿Pero cuál es el resultado de un examen de los estratos? El sistema fósil más bajo es el Silúrico: ¿encontramos en él solo petrificaciones vegetales?

⁷ N. del T. "Entonces dijo Dios: Produzca la tierra seres vivientes según su género: ganados, reptiles y bestias de la tierra según su género. Y fue así" (Gn. 1:24). LBLA

Todo lo contrario. Las rocas silúricas inferiores y medias contienen algunas algas marinas, pero ninguna planta terrestre. Sin embargo, abundan en criaturas que pertenecen a tres de las cuatro secciones del reino animal: molusca, articulata y radiata⁸. Es sólo cuando llegamos a los estratos más altos de las rocas silúricas superiores que comienzan a aparecer las plantas de tierra, y junto con ellas algunos especímenes de vertebrados (vertebrata), la sección restante del reino animal. Si, entonces, en este sistema fosilífero más antiguo raramente encontramos plantas y, sin embargo, todas las divisiones del reino animal están representadas, ¿cómo podemos intentar forzar tal hecho de acuerdo con la narrativa mosaica!

Una vez más, la historia del Génesis menciona, como ya hemos visto, tres creaciones distintas – la de las plantas, los pájaros y peces, y los animales terrestres. Pero en las ocho clasificaciones de estratos, desde el Terciario hasta el Silúrico parece que ha habido al menos tantas creaciones como sistemas hay, cada una de las cuales incluye una gran proporción de animales y plantas propias. Agassiz va aún más lejos, como se verá en la siguiente cita:

“Sostengo que se ha demostrado que la totalidad de los seres orgánicos se renovó, no sólo en los intervalos de esos grandes períodos que designamos como formaciones, sino también en la estratificación de cada división separada de cada formación. Tampoco creo en la descendencia genética de las especies vivas de las diferentes divisiones terciarias que se han considerado idénticas, pero que considero específicamente diferentes; por lo que no puedo adoptar la idea de una transformación de las especies de una formación en la de otra. Al enunciar estas conclusiones, se entiende que no son inducciones derivadas del estudio de una clase particular de animales - como los peces- y aplicadas a otras clases, sino los resultados de la comparación directa de colecciones muy considerables de petrificaciones de diferentes formaciones y clases de animales”.

Así pues, la corteza de nuestra tierra parece ser un vasto montículo que Dios ha amontonado sobre los restos de muchas creaciones. Y la geología nos muestra que las criaturas de estos mundos antiguos perecieron por dolorosas enfermedades y destrucción mutua, o fueron abrumadas en un

⁸ N. del T. Clasificación del reino animal según el barón de Cuvier: Radiata, molusca, articulata y vertebrata (radiados, moluscos, articulados y vertebrados).

Georges Cuvier fue un reputado naturalista francés (Montbéliard, Sacro Imperio Romano Germánico, 23 de agosto de 1769 - París, Francia, 13 de mayo de 1832).

Nótese que los primeros escritos de Pember sobre este asunto, según se relata en el prefacio, son de 1876, y la primera edición de este libro se hizo en 1884. Por tanto, eran los estudios más reputados de su época.

instante por las más terribles convulsiones de la naturaleza. Por último, está registrado (Gn. 1:26, 29) que todas las criaturas vivientes y plantas creadas durante los Seis Días fueron dadas al hombre. Es razonable, por lo tanto, suponer que estaban destinados a permanecer con él a lo largo de todo el curso de su mundo. Y por lo tanto, de nuevo, la certeza de que las plantas y animales fósiles, casi todos los cuales se extinguieron antes de la creación de Adán, no tienen nada que ver con las criaturas del Tercer, Quinto y Sexto día.

La creación del hombre.

Dios pronuncia que todo es muy bueno, y descansa en el Séptimo Día

La creación de los habitantes más humildes de la tierra se ha realizado de esta manera, pero queda otro trabajo por hacer. Todo estaba listo para la introducción de aquellos que iban a ser puestos sobre el mundo como los vicerregentes del Todopoderoso. Por consiguiente, Dios procedió a crearlos a Su propia imagen y semejanza. Pero en el primer capítulo del Génesis se menciona simplemente el llamado a la existencia del hombre, varón y hembra, para significar su lugar en la creación. Se reservan más detalles para el presente, y la historia continúa diciendo que Dios vio que todo lo que Él había hecho era bueno en gran manera.

Porque nada malo ha salido de Sus manos. Fijemos esta verdad en nuestros corazones: y siempre que seamos molestados con la espina o el cardo, con la hierba venenosa o inútil, con la bestia nociva, con el extremo calor o frío, o con cualquiera de los innumerables inconvenientes y dolores de nuestra condición presente; siempre que nos sintamos dispuestos a desmayarnos por causa de luchas externas y temores internos, recordemos que Dios hizo todas las cosas buenas, y evitando pensamientos ruines sobre Él, digamos que es el enemigo el que ha hecho esto.

Luego, en el Séptimo Día, sigue la institución del sábado; y el hecho de su introducción en este sentido es suficiente para mostrar que no era una ordenanza especial para el israelita, sino una ley de Dios para todos los moradores de la tierra desde los días de Adán hasta que cese el tiempo.

Resumen e introducción a la siguiente sección de la historia.

Diferentes significados de las expresiones “el cielo y la tierra” y “la tierra y el cielo”

Y así la primera sección de esta maravillosa historia se cierra con un resumen del tema y una introducción a la siguiente parte con las palabras:

“4 Estos son los orígenes de los cielos y de la tierra cuando fueron creados, el día que Jehová Dios hizo la tierra y los cielos, 5 y toda planta del campo antes que fuese en la tierra, y toda hierba del campo antes que naciese; porque Jehová Dios aún no había hecho llover sobre la tierra, ni había hombre para que labrase la tierra, 6 sino que subía de la tierra un vapor, el cual regaba toda la faz de la tierra” (Gn. 2:4-6).

Aquí la creación de los cielos y la Tierra, es decir, de todo el universo, se refiere, por supuesto, a la creación en el principio. Pero el hacer o preparar la tierra y los cielos apunta a los Seis Días de restauración. Y esto se indica no sólo por el cambio en el verbo, sino también por el orden inverso, “la tierra y los cielos”, que sólo se encuentra en otro pasaje, y es claramente significativo. Porque la palabra hebrea para “cielos” no tiene singular, y por lo tanto era imposible hacer en el Antiguo Testamento una distinción como la que encontramos a menudo en el Nuevo, donde generalmente se usa el singular de la palabra griega para el primer cielo o firmamento de nuestra Tierra, mientras que el plural comprende los reinos estrellados y el cielo de los cielos. Por lo tanto, era necesario algún otro dispositivo, y el hecho de que “los cielos” en la segunda cláusula de este versículo significan el firmamento de la Tierra está indicado por el orden invertido. Y este orden es también histórico: porque el firmamento no se perfeccionó, de modo que el sol, la luna y las estrellas podían verse en él, hasta después de la restauración completa de la Tierra. La misma secuencia se explica en el Salmo 148, en el versículo 7: *“Alabad a Jehová desde la tierra”*. Porque este Salmo está dividido en dos partes: en los primeros seis versículos se invoca la alabanza a Dios desde la bóveda estrellada y desde el cielo de los cielos, y en los últimos ocho desde la tierra y su atmósfera. Así, pues, en el versículo decimotercero se dice apropiadamente que la gloria del Señor está por encima de “la tierra y el cielo”, siendo la Tierra mencionada primero porque aquí también, por el cielo, se entiende el firmamento que pertenece y está, por lo tanto, subordinado a ella.

Las plantas y hierbas de nuestro mundo fueron introducidas nuevamente por Dios en el tercer día, y no surgieron de las reliquias de una creación anterior

En el siguiente versículo, si adoptamos la Versión Autorizada (*inglesa*), que sigue a la Septuaginta, debemos por supuesto entender el verbo “hacer” o

“preparar” como aplicable no sólo a la Tierra y al cielo, sino también a “cada planta del campo”, etc. El sentido será entonces que Dios preparó las semillas y las colocó en la tierra, de modo que las plantas y hierbas de nuestro mundo no surgieron de las reliquias de creaciones anteriores o crecieron espontáneamente, sino que fueron introducidas de nuevo por Dios en ese momento. Y esto es corroborado por el hecho de que desde la retirada de las aguas saladas y estériles de las profundidades no había llovido aún sobre la tierra, ni había quedado de la destrucción anterior ningún preadamita para cultivar la tierra. Por lo tanto, todo nuestro verdor y nuestras plantas crecieron de nuevos gérmenes colocados en la tierra por Dios y luego desarrollados y nutridos por una niebla que subía de la tierra.

Tal parece ser el significado del pasaje; y esta alusión especial a la obra del Tercer Día parece ser insertada como introducción al siguiente relato del Edén y su jardín.

No hay discrepancia real entre las narrativas del primer y segundo capítulo del Génesis

Al concluir nuestras observaciones sobre la historia continua de los Seis Días, podemos observar que se ha alegado que existen muchas discrepancias entre el primer y el segundo capítulo del Génesis. Algunas de ellas ya las hemos explicado: ninguna de ellas tiene un fundamento real. Sólo tenemos que tener en cuenta los diferentes objetos de los dos registros y todas las dificultades se desvanecerán; porque mientras que un capítulo da una historia continua de la semana de restauración, el otro es evidentemente un suplemento, añadiendo detalles de la creación del hombre para que podamos entender mejor su naturaleza y su caída. Por lo tanto, en este segundo relato se hace referencia a otras obras de los Seis Días sólo cuando están inmediatamente relacionadas con el tema principal, y sin tener en cuenta el orden en que se realizaron.